

CALABAZAS



en el brastero



Asesinos Históricos



Presenta

CALABAZAS



en el trastero

CALABAZAS



en el trastero



Asesinos Históricos

Créditos:

Primera edición digital: mayo 2016
Código: COD 9785400038635050085

Ilustración de portada: Miguel Puente Molins

Maquetación y diseño: Miguel Puente y Kachi Edroso

Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Prólogo (cortesía de Noche): Anna Morgana Alabau

Autores: Adrián Artiles Santana, Alfonso Cáceres Reneré,
José Chica Calaf, Irene García Cabello, Laura Gil,
Javier Lacomba Tamarit, Fernando López Guisado,
Ángeles Mora, Gema del Prado Marugán, Manuel Mije,
Rebeca Romero, Alejandro Valiente Lourtau, Jaume
Vicent Bernat y Víctor Villanueva Garrido

Edición: Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A, 50006 Zaragoza

Más información: www.sacodehuesos.com

**Un proyecto de la asociación cultural La Biblioteca
Fosca**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos ([ww.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Prólogo

La vida es algo espeluznante, y nadie que haya vivido puede negar que eso es una verdad absoluta, no solo por lo inhóspito, repentino y desconocido de su final, sino por las infinitas posibilidades de horror y sufrimiento que puede albergar. Por eso nos encandilan y nos aterrorizan a partes iguales los monstruos clásicos y eternos que vencen la muerte, pero no logran escapar al horror intrínseco del vivir: vampiros, zombis, fantasmas... Sin embargo, incluso el más terrible y bestial de todos ellos palidece ante la cruel realidad del ser humano, de alguien que puede devolverte la mirada desde un espejo y cuyo cometido y motivación de vida no son sino llenar la existencia con este terrorífico potencial.

¿Que de quiénes hablo? Hablo de ellos, de nosotros, de la oscuridad que se oculta en el interior de todo ser humano y que no pocas veces consigue emerger y, en ocasiones, incluso rubricar en sangre la Historia.

Dicen que el siglo XX empezó con Jack el Destripador; él mismo tuvo a bien concederse el título honorífico de inaugurador y la Historia le concedió el de mito. Jack, sin embargo, no fue ni el primero, ni el más prolífico; seguramente ni siquiera el más terrible, con el permiso y el recuerdo de sus víctimas. Hubo otros, desde los albores de la humanidad, que desataron unos instintos, unas inquietudes y unas fantasías que, ahora sabemos, poco tienen que ver con lo animal y mucho con la parte terrible de la humanidad que asoma por el rabillo del ojo cuando nos olvidamos de concentrarnos en ser seres sociales y socializados; cuando los límites desaparecen y todo lo que queda por vivir es el sufrimiento y la cálida y roja viscosidad del terror ajeno.

Numerosos son los relatos que nos llevan de la mano a padecer con las víctimas de monstruos como la Condesa de Báthory, con los pequeños atormentados y asesinados por el terrible Gilles de Rais o de quien podría ser su encarnación en el mundo moderno: Andréi Chikatilo. Narraciones terroríficas, impactantes y geniales en las que nos escapamos de la bodega en la que Enriqueta Martí nos tenía encerrados, en las que corremos con la

angustia en el pecho huyendo de la macabra sonrisa de Ted Bundy o en las que miramos a la vez como captores y como padres a personajes verdaderamente estremecedores, como Wolfgang Přiklopil o Josef Fritzl. Son historias terribles que nos cautivan con la fuerza del *thanatos* de la que sus protagonistas luchan por huir, en las que nosotros mismos nos sentimos vivos con cada victoria de los que las sufren, y en las que compartimos el horror y la desesperación de los que fracasan y se convierten en víctimas.

Pero también hay otras historias, relatos que nos hundan en una oscuridad mayor si cabe, porque ponen en contacto esa oscuridad interior que todos poseemos con lo que hay dentro de cada uno de esos asesinos, tan monstruosos como humanos. Son narraciones que penetran en el mito, la historia, la leyenda que el tiempo ha forjado sobre crímenes, víctimas y captores, sobre rituales y detalles macabros, para introducirse directamente en la circunstancia personal, en el pasado individual de cada uno de estos asesinos que han caminado al lado de científicos, escritores, artistas, gobernantes y maestros, junto a nosotros y como parte intrínseca de la sociedad, hasta hacernos comprender sus

motivos y sus obsesiones; hasta hacernos imaginar, en otro tiempo y otro lugar, que su circunstancia podría ser la nuestra y que albergamos, mientras vivimos, una oscuridad que solo cuenta con nosotros mismos como freno. Es en estos relatos donde descubrimos la siniestra profundidad del alma humana, y la estremecedora facilidad con la que, en ocasiones, podemos permitirnos empatizar con ella.

Porque el monstruo fue inventado por el hombre, y no somos sino nosotros quienes insuflamos aliento en su respirar.

Aun así, estas historias que nos aterrorizan y nos cautivan, que nos previenen, nos enseñan o exorcizan demonios que podrían emerger de mil formas alternativas y perversas, son una parte tan intrínseca de la humanidad como todos los nombres que han hecho Historia, e incluso aquellos que ella ha repudiado, con plumas cortantes, cadenas inquebrantables y la sangre de víctimas inocentes como tinta imborrable. Las que encontraréis aquí, de la mano de las mentes más audaces y experimentadas en la exploración de la oscuridad humana, prometen no dejaros indiferentes. Y si al cerrar esta edición de *Calabazas en el Trastero*, en la

imagen que os devuelve el espejo reconocéis una siniestra sombra que no habíais identificado nunca antes, o echáis a correr por las calles oscuras antes del amanecer rezando por llegar a toda prisa a la protección del cerrojo y del umbral, pensad que las plumas, las palabras y las imaginaciones de estos autores no han desatado nada que no estuviera ya en vuestro interior, sino que solamente os han robado la venda de los ojos.

El conocimiento ilumina la oscuridad donde se esconden los terrores interiores. Nada es secreto. Ni el mal ni la esencia de la humanidad.

Anna Morgana Alabau

Ese extraño condimento en la sopa

Por Gema del Prado Marugán

Para que la masa quede esponjosa es necesario dejarla reposar treinta minutos exactos antes de añadir el resto de la manteca y empezar a elaborar el pastón. Y hay que amasarla muy bien. Con energía y, sin embargo, con mucho mimo. No basta con mezclar los ingredientes y eliminar los grumos a golpe de cucharón. Ni siquiera pasarse una hora aporreando la pasta con el rodillo garantiza el obtener un hojaldre como Dios manda. Créame. Lo he visto hacer en demasiadas ocasiones y aunque a veces se suceden los milagros, no por ello deja de ser una chapuza. No. Si se quiere conseguir una buena masa debes estar dispuesto a dejarte la piel en ella. Dejar que tu alma se exprese a través de tus manos. Ese es el auténtico secreto, el que no va a encontrar en ningún recetario.

Temo, no obstante, que mis dedos se estén atrofiando y mi alma adolece por el silencio. Hace dos años que estos diez vivaces hermanos se han quedado huérfanos de harina y manteca, de azúcar y sal. Dos años llevan los pobrecitos sin escuchar los vítores del acero cuando Robespierre guillotina las nobles cabezas de las cebollas, cuando el Destripador eviscera los tomates o arranca los corazones de las manzanas. Dos años alejados del abrasador calor de las perolas, confinados en una aséptica estancia donde han padecido los horrores del crudo invierno, mordidos por los crueles sabañones. ¡Ah, truhanes! ¡Nos cogieron desprevenidos una vez, pero ahora estamos preparados para recibirlos y plantaremos cara a su despiadada ofensiva! Lamentablemente, poco más puedo hacer por estos chiquitines en mis circunstancias. A veces, cuando cruzo las manos sobre el regazo, les susurro palabras de aliento y entonces se agitan de placer recordando tiempos mejores.

Es curioso cómo una vida puede cambiar de la noche a la mañana. Imagine usted que se encuentra en lo más alto y al instante siguiente descubre que durante lo que dura un parpadeo ha resbalado de

forma fatal, de tal modo que apenas abre los ojos se acaba de precipitar contra el suelo. Así ocurre siempre; uno se acuesta tan tranquilo un lunes cualquiera siendo un ciudadano libre y, el martes, un señor funcionario de los de arriba te dice que tu vida pública se ha terminado y que nunca más vas a poner un pie en la calle. «Por su propio bien y el de todos, señora», te dicen. Menuda sarta de estupideces. ¿Cómo esperan que llegue nunca a estar bien después de esto?

¡Una injusticia, eso es lo que es!

Cuando pienso en cómo se desarrollaron los acontecimientos... Si aquel maldito figón del señor Soper se hubiera dedicado a arreglar sus asuntos en vez de meter las narices donde no le llamaban...

Por aquel entonces recuerdo que había sido empleada en la residencia de verano del señor Charles Henry Warren, en Oyster Bay, Long Island. Un buen hombre el señor Warren, decente como ya no quedan. Y su familia era en verdad encantadora. La mujer, toda una señora de elegantes modales y los hijos, un dechado de educación, de saber estar. Me apenó un poco conocer lo que les pasó después de mi marcha, aunque ya se sabe que estas son cosas que pasan. En cuanto al señor Warren, apreciaba mis

dotes culinarias. Es más: sé de buena tinta que mi budín de carne mechada con queso de cabra y ciruelas lo tenía entusiasmado. Debería haberlo visto usted la mañana que me presenté a la entrevista: una sola prueba de menú y dos días después ya me había colocado al frente de la cocina de la casa. Para su conocimiento le aclararé que no era la primera vez que esto me ocurría. Soy buena a los fogones, o al menos lo era. Lástima que nunca pude quedarme lo suficiente como para conseguir las credenciales que siempre he merecido.

No sé por qué pensé que aquella vez sería distinto. Veía pasar los días y todo estaba tan bien... Era perfecto, perfecto. Ya entonces debería haber recordado que la felicidad es efímera y la costumbre siempre prevalece. El veintisiete de agosto, una de las niñas amaneció delirando a causa de una fiebre terrible. Nadie, incluida yo misma, había dado importancia al malestar de la pequeña la tarde anterior, a esas decimillas que con toda seguridad se esfumarían durante un sueño reparador. Qué estúpida fui, tendría que haberlo visto venir. La doncella que acudió a despertarla aquella mañana había tenido que renunciar a sus deberes y abandonó la estancia como alma que lleva el diablo,

mareada tras una primera incursión en el cuarto de la niña. Yo no llegué a verlo pero entre la servidumbre se murmuraba que la imagen había sido horripilante, tremenda. Parece ser que presa de los violentos espasmos, la pobre criatura había perdido el control de las funciones corporales durante la noche. Lo que encontraron apenas tenía que ver con la chiquilla sonrosada de unos días atrás; se asemejaba más a un espectro descarnado procedente del mismísimo averno, de tan deshidratada y convulsa que aparecía, y prácticamente semienterrada entre los restos de su propia inmundicia.

Pasé el resto del día faenando en la cocina y sumida en los más funestos pensamientos. Sentía que mis días al servicio de la familia Warren llegaban a su fin. Mis presagios se vieron confirmados cuando esa misma semana otra niña y la señora Warren cayeron víctimas del mismo extraño mal, junto con el jardinero y dos de las doncellas. «Ahora, Mary», me dije. «Coge tus maletas y vete». Los dejé con una sopita de pollo en la olla y una despedida a la francesa. Me imaginé la cara que pondría el señor Warren cuando descubriera aquella

renuncia tan poco formal. Aquello me dejó bastante triste.

Dos semanas después llamaron a la puerta de la habitación que tenía alquilada en Park Avenue. El caballero se presentó como señor George Soper, aunque, como bien pude constatar durante nuestra breve entrevista, de caballero y señor tenía bien poco. Me explicó que los Warren habían sido víctimas de un virulento brote de fiebre tifoidea no demasiado común, y que aunque gracias a los cuidados médicos el pronóstico era favorable, la menor de las hijas jamás podría volver a caminar con normalidad porque las fiebres habían afectado al sistema nervioso limitando el movimiento de la pierna derecha. El señor Warren, sorprendido por el fulminante ataque de una enfermedad arraigada a la miseria, había contactado con el señor Soper y le había pagado algo más que sus honorarios para que hiciese todas las pesquisas necesarias y llevara el caso hasta el final. No debió resultarle muy difícil al señor Soper unir los hilos que conectaban todos los episodios a la cocina como probable foco de infección. Sus sospechas se vieron reforzadas por mi repentina desaparición; en eso no anduve demasiado fina ¿eh? En consecuencia, allí tenía a ese

hombre sentado en mi pequeña cocina, acusándome de imprudencia temeraria e insultándome en mi propia cara, tan tranquilo mientras se bebía una taza de té. Me pidió... ¡no!: me exigió, que le entregara muestras de —y aun ahora me avergüenza repetirlo—, ya sabe, mis fluidos. Todo bajo amenaza de denuncia al Departamento de Salud si me negaba. Decir que tuvimos algo más que una agria discusión sería suavizar aquel tenso momento. Lo eché, por supuesto. Y no se crea lo que cuentan los periódicos: el cuchillo era meramente disuasorio, jamás en la vida lo hubiera utilizado contra un ser humano. Ganas no me faltaron, eso sí. Él me gritó desde el rellano que me había investigado a fondo, que lo sabía todo de mí, lo de mis anteriores trabajos. Que volvería y nos veríamos muy pronto en los tribunales.

Reconozco que pequé de soberbia. ¡Estaba tan segura de que aquel Soper no podía obligarme a entregar aquellas muestras! A fin de cuentas, aunque algunas eran ciertamente execrables, seguían siendo parte de mi cuerpo. ¿Y no dice Nuestro Señor Jesucristo que nuestro cuerpo es un templo sagrado? Ah, maldito George Soper. Incluso llegué a pensar que desistiría. Pero no. El señorito se aburría tanto

que además de invertir largas horas en investigar mi vida tenía que remover cielo y tierra hasta conseguir la dichosa orden, por increíble que parezca. Buena culpa de ello la tienen todas estas revistas de nuevo cuño que han puesto de moda los folletines detectivescos, no se crea. La gente, deseosa de emular a sus ídolos y vivir apasionantes aventuras, busca fantasmas donde no los hay. Y si no los hay, se los inventa. Eso, eso sí que es una enfermedad.

No se atreva a decirme lo que son y lo que no son fantasmas y mucho menos se le ocurra volver a mencionar lo de las pruebas palpables y definitivas. Por supuesto que aún considero que lo que hicieron conmigo fue una auténtica violación de mis derechos. ¡Y aquel ultraje tuvo lugar en dos ocasiones! ¿Reincidencia? ¡Ja! Eso es relativo, y totalmente cuestionable. Ya me gustaría a mí verlos a todos ellos en mis circunstancias. A Soper, a los médicos, a los jueces, a los funcionarios. Ya quisiera verlos renunciar a sus perfectos trabajos, sus importantes cargos en la administración. Encontrándose un día tras otro con mil y una dificultades para emplearse en tareas mal pagadas y peor reconocidas. Quisiera verlos destruidos y sin esperanza alguna, negada la promesa de una vida

tranquila y próspera porque un tribunal carente de criterio alguno los ha sentenciado a cargar para siempre con la etiqueta de peligro público. Yo tenía una reputación. Buena o mala; tanto da. El caso es que se hizo añicos y los pedazos dieron forma a algo mucho peor. ¿Sabe usted cómo me llamaban? ¿Sabe que tuve que cambiarme el nombre después de mi primera condena porque nadie quería emplearme ni para limpiar letrinas? Vete a América, la tierra de las oportunidades, me dijeron... Y yo me lo creí y dejé mi Irlanda natal para encontrar una prisión de por vida.

Pasé dos años largos en cuarentena en North Brother Island y todo porque unos cuantos medicuchos dijeron que habían encontrado no sé qué bichitos en mis muestras. Que los bichitos eran los responsables de las fiebres, aunque ¡oh, sorpresa! a mí no parecieran afectarme. Una vez estuve en sus manos, hicieron todo lo que quisieron conmigo. Llegaban por la mañana, o por la tarde, o por la noche, y saqueaban mi cuerpo con sus agujas y lancetas, y luego se retiraban con sus tesoros guardados en aquellos botecitos. Si me negaba a orinar o a defecar, simplemente esperaban. A veces me obligaban a ingerir diuréticos y laxantes.

Entonces no esperaban tanto, aunque yo hacía lo que podía por prolongar su espera y dificultar las cosas. Recuerdo una vez que, en un arranque de perversidad me negué a lavarme ahí abajo ¡ju,ju!, e incluso atacué a los técnicos lanzándoles mis bostas. Lo único que conseguí tras ser inmovilizada fue un chorro de agua gélida y jabón desinfectante directo al bajo vientre y una dosis extra de sedantes por vena. Para colmo, poco después se me informó de que después de cientos de pruebas aquellos bichitos seguían apareciendo en más del ochenta y cinco por ciento de mis muestras en cantidades de a miles, de millones. Era como si también formasen parte de mí. Así que cuando comprendí que jamás saldría de allí si continuaba esperando a obtener limpios más de dos análisis seguidos, apelé a un tribunal popular amparándome en los Derechos Civiles.

La demanda surtió efecto, vaya que sí. Tras un breve encontronazo con su señoría el juez Erlanger y aquellos perros rabiosos del Departamento de Salud que me costó siete meses más de reclusión, al final gané la batalla. Tuve que prometer que nunca jamás volvería a ejercer como cocinera. Era eso, o acceder a que me extirparan la vesícula con fines preventivos. Mi madre no crió ningún idiota; elegí la promesa y

yo prometí. Pero bien sabe usted que las promesas se crearon para romperse. ¿Y qué esperaban? A causa de mis continuas denuncias, el caso se había filtrado a la prensa. A todo tipo de prensa, ya me entiende. Estuve en el punto de mira de los carroñeros desde que se hizo público que había infectado a más de veintitrés personas, que dos de ellas habían muerto entre horribles padecimientos y otras tantas quedarían afectadas de por vida. Me llamaban María Tifoidea, Mary Terror, la Asesina Silenciosa y otras lindezas por el estilo. Por favor, ¿quién iba a contratarme con semejantes antecedentes? Lo único que me ofrecieron entonces fue trabajar de limpiadora en una casa de citas y ahora le digo que si aquello era medio decente era porque al menos cobraba un sueldo, que tampoco es que fuera bueno en ningún caso. Así que después de mucho meditarlo, le dije al dueño que se quedara con su nauseabunda fregona y rompí mi promesa. Pero esta vez fui un poco más lista.

Me inventé a Mary Brown y bajo esta identidad falsa fui huyendo de casa en casa hasta que conseguí un trabajo de cocinera en un hospital de Manhattan. Ni que decir tiene que se repitió la historia, aunque entonces no me importó en absoluto. No conocía a

esas personas, no tenía ningún tipo de vínculo o implicación emocional con ellas. Le ruego que intente verlo desde mi perspectiva. Se trataba de un hospital. Mucha gente muere cada día en la cama de un hospital y nadie arma un escándalo por ello. Las infecciones son comunes. Material mal esterilizado, médicos con dudosos hábitos de limpieza... ¿Sabía usted que durante mi estancia en cocinas escuché acerca de cierto galeno que asistía a las parturientas justo después de acabar su faena en la morgue? Sí, hubo mucha sepsis y embarazos que no llegaban a término en aquella época. Apuesto a que usted no tenía conocimiento de ello. Y es que no hay mejor tapadera que un buen juramento hipocrático. Llegué a la conclusión de que mi caso, aunque *ligeramente* diferente, podía equipararse al de aquel médico. A lo mejor, yo, como trabajadora del hospital, también podía beneficiarme de semejante discreción. Entonces una nueva luz pareció abrirse en mi mente. Si había tantos enfermos que acusaban infecciones durante su estancia ¿qué más daban unos cuantos más gracias a mi providencial ayuda? No ha oído mal, no. Yo ayudaba a esas personas al fin y al cabo. Después de superar la enfermedad salían fortalecidas de la experiencia. «Dios aprieta, pero no

ahoga.» ¿No lo dictan así nuestras Sagradas Escrituras? No recuerdo bien si llegaron a cinco o seis los infectados que se quedaron por el camino, pero ahora creo firmemente que el Señor debió considerarlos indignos de recibir su Divina Gracia. Sin embargo, a pesar de todas mis precauciones, de aquel entorno cerrado y reacio a airear despropósitos y negligencias, acabaron atrapándome otra vez. Considerando que era un elemento incontrolable incapaz de mantener mi palabra, me condenaron a un aislamiento de por vida en el Hospital Riverside de North Brother Island tras acusarme de enfermar a veinte personas más. Eso me llena de indignación; detesto que me menosprecien. La historia futura dirá que fueron solo cuarenta y cuatro individuos los que llegaron a experimentar la furia contenida en mi cuerpo. La verdad es que fueron noventa y tres los afectados, y quizá superemos el centenar si contamos a esas otras personas que, como yo misma, no han experimentado aún ni los signos ni síntomas típicos del tifus.

Y aquí sigo. Sin nada útil en que ocupar el tiempo, languidezco rodeada de otro tipo de enfermas, de esas que no tienen solución. Tendría

que echar usted un vistazo a las pacientes que moran tras estas puertas. Le aseguro que no le decepcionarán en absoluto. A veces me dan ganas de violar las medidas de seguridad y comprobar si en verdad el Señor las acepta como parte de su gran rebaño o están viviendo de prestado. Si la mitad de lo que se dice de mí es cierto, un solo y certero escupitajo bastaría para hacer cundir el pánico. Saberlo hace que me sienta poderosa, y me gusta. Pero en realidad lo que más me preocupa ahora es lo que va a pasar con estos deditos míos tan acostumbrados a filetear verduras y frutas con el arte más depurado, a dejar la carne tan limpia que no encontrarán rastro alguno de los nervios que alguna vez la surcaron. Son dedos creados para configurar delicadas tartaletas de manzana y erigir el más regio pastel de carne que se ha visto jamás. ¡Mírelos! ¿No le dan pena?

Ya veo que tiene un corazón duro. Sospecho que si por usted fuera, ni siquiera me permitirían salir de vez en cuando de mi celda. Por suerte para mí, el doctor que dirige todo esto es un hombre pragmático y, empero, de naturaleza compasiva. Mucho mejor cristiano que usted, pese a haber consagrado su vida a la ciencia. En su última

entrevista me ha dicho que quizá pueda emplearme aquí, en el centro, como uno de sus técnicos. «A fin de cuentas, Mary, las tareas del laboratorio son lo más parecido a trabajar en una cocina: siempre hay que saber qué ingredientes se deben mezclar y en qué proporción», eso es lo que me ha dicho. Luego hemos estado intercambiando opiniones acerca de cierta receta para preparar higaditos de cordero en vino dulce y pan con especias. Creo que el buen doctor sabrá valorar en su justa medida mis recomendaciones. Como le desvelé al principio de nuestra entrevista, los grandes secretos nunca aparecen escritos en los recetarios. ¡Ha salido tan satisfecho tras nuestra conversación! Puede que me equivoque, pero juraría que he encontrado en él una especie de alma gemela. A veces distingo en sus ojos ese brillo inequívoco de asco y desprecio cuando atiende a sus otras pacientes, una mirada que él nunca me ha dirigido. Sé que a diferencia de las otras, le resulto interesante, en muchos aspectos. ¡Oh, y adora mis recetas! Quizás con el tiempo lleguemos a congeniar de una manera más íntima. Y quién sabe, a lo mejor se lo piensa mejor y me deja volver a las cocinas...

Sobre la autora de «Ese extraño condimento en la sopa»:

Gema del Prado nació en Madrid allá por 1980. Estudió Biología, toda una forma de vida que compagina junto a su malsana afición por el fantástico en cualquiera de sus variantes. Como mera aficionada, ha colaborado en Aullidos.com realizando alguna que otra crítica literaria y artículos relacionados con el mundillo del cómic. Ha descubierto no hace mucho que escribir cuentos puede ser tan buena terapia como pintar cuando una idea discreta se instala en tu cabeza y, de repente, amenaza con convertirse en obsesión. Y también, que crea adicción.

Se siente muy feliz con sus logros hasta ahora, que incluyen dos Premios del Público (IV Certamen de Relatos de Terror de Aullidos.com y III Certamen Monstruos de la Razón de Ociozero en la categoría de ciencia ficción), un segundo premio aún inédito en el concurso de relatos del Fanter Film Festival 2012, dos cuentos incluidos entre los relatos finalistas del Fanter Film Festival 2013 y el primer premio del certamen Historias Asombrosas 2012 del portal Scifiworld junto a Miguel Martín Cruz.

Algunos de sus cuentos se pueden leer en la compilación de género *Calabazas en el Trastero* (varios relatos tanto en solitario como a cuatro manos, en la colección regular y en los especiales *Barker* y *Mitos de Cthulhu*), en las antologías de corte erótico *Karma Sensual* 7 y 8, el volumen *Bosques* (2ª Antología de la Escuela de Fantasía) y en las antologías *Amanecer Pulp* y *Halloween Tales 2013* junto a Miguel Martín Cruz. A lo largo de 2014, otros dos de sus relatos aparecerán en un volumen especial sobre vampirismo de la editorial Saco de Huesos y en el portal de género fantástico Maelstrom. Actualmente, la autora continúa con su catarsis personal.